

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

Dió orden a los guarda-costas de que pasaran a los indios güetares al otro lado del Golfo, y le permitió a Copey que los acompañara hasta el estero de Pigres, de lo cual se mostraron todos muy agradecidos.

La gente de Pocosí estaba ocupada en labrar jícaras y guacales, en que representaban peces, lagartos, aves marinas, grecas y parras, tan finas muchas de ellas que parecían hechas a buril. Algunos artistas pintaban los dibujos, o el fondo, con tintas de nacascol, achiote y palo de mora, dando variados contrastes, que luego frotaban con cera derretida para darles el brillo de azabache o de marfil.

Cogidas las frutas del árbol, las abrían con puntas de pedernal y luego las sancochaban en agua hirviendo, para sacar fácilmente la pulpa y para que la cáscara resultara menos quebradiza. Así obtenían guacales y jícaras de todos tamaños, que limpiaban perfectamente con hojas ásperas de chumico.

Uno de los artistas se empeñó en reproducir una piragua con sus marineros, en bajo relieve, y suplicó al Delfín que demorara su viaje hasta el medio día siguiente, para que se llevase terminado el obsequio que deseaba hacerle.

Por la noche llegaron algunas balsas de Corú, con músicos y varias mujeres para divertir a los marineros, y les avisaron que a la mañana siguiente vendrían otras balsas y canoas de diversos lugares a encontrarlos, pues todas las tribus del Golfo deseaban hacerles una manifestación de gratitud y simpatía por el triunfo obtenido sobre los piratas de la «Lechuza Negra».

Resolvieron, con este motivo, pernoctar allí, dejando la salida para el día siguiente después del almuerzo; así estarían ya de vuelta los guarda-costas que habían salido para el estero de Pigres. Luego se estableció el baile, dejando un fogón encendido en la playa, para guía de las nuevas canoas que vinieran.

A la mañana siguiente había más de treinta pequeñas embarcaciones esperando la salida. Antes del almuerzo llegó, favorecida por el viento, la piragua de guarda-costas que había pasado la noche en viaje al otro lado del Golfo, en compañía de los dos viajeros güetares; durante todo el viaje recogió Copey de sus coterráneos noticias circunstanciadas del estado de sus familiares, y a su vez les contó las peripecias de los piratas y todo lo que le ocurriera

durante los dos últimos años; mas, de acuerdo con su juramento, nada dijo referente a Nina. En la madrugada se había separado de los mensajeros güetares, dejándolos en la boca del Río Grande de Tárcoles, para que siguiesen el camino que sobre la banda del sur los llevaría hasta Pacacua, de allí al valle de Aserrí y después a Tarrazú, en tres jornadas de doce horas.

Las trompetas y tambores sonaban por todas partes: algunos corubicíes habían llegado en las últimas canoas, de manera que el Delfín tenía noticias detalladas de los suyos y de las ansias con que lo esperaban en el pueblo, pues nunca se había separado del lado de sus padres por tantos días.

Copey lucía un cintillo de plumas de Quetzal que sus amigos güetares le habían obsequiado, dándole él a su vez algunas piezas de cerámica y tres objetos de piedra verde, conchas y caracoles labrados por artistas chorotegas.

Muchas de las canoas llevaban músicos a bordo, de manera que el desfile naval se inició después de medio día, con el mayor regocijo. La piragua corubicí ocupaba el centro, escoltada por los guarda-costas: parecía aquello una bandada de mariposas llevadas al fondo del Golfo

por el viento y la marea; así recorrieron los primeros veinte kilómetros hasta pasar por el acantilado oriental de la isla de Chara, donde las mujeres les tiraban desde lo alto ramos de flores amarillas. De Cachoá y de las otras islas salieron las pocas embarcaciones que quedaban, muchas de ellas tripuladas por mujeres, y la marcha tuvo que hacerse más lenta para que nadie se quedase rezagado. A medida que se acercaban a Chira, el cortejo se hacía cada vez más numeroso. Aquella expedición, iniciada sencillamente con motivo utilitario, había tomado los caracteres de un desfile triunfal y de acercamiento político por tantos años deseado.

Al llegar a Chira, después de ponerse el sol, supo el Delfín que el jefe de los piratas había tratado de fugarse, esa misma tarde, aprovechando el entusiasmo general, pero que los carceleros lo habían perseguido y últimado al prenderle de nuevo. Vió que la hoguera estaba lista para quemar el cadáver, y con él al último de los apaches, que tenían amarrado en la plaza, esperando la orden de tirarlo a las llamas.

—Deseo, dijo al Cacique, tomar al último sobreviviente de estos desgraciados una decla-

ración minuciosa y os suplico que aplacéis su muerte hasta mañana.

—Su vida te pertenece, contestó el Cacique, puedes ordenar lo que gustes.

Aquella resolución llenó de placer a Copey, que fué el encargado de comunicarla al prisionero, devolviéndolo a la cárcel contra la voluntad del populacho, empeñado en que el sacrificio se hiciera esa misma noche. Para aplacarlo, organizaron las bandas y tropa alrededor de la hoguera, sin pérdida de tiempo, en medio de una multitud de indios rara vez tan numerosa.

Manifestó en público el Cacique, que era necesario obtener del apache ciertas declaraciones importantes y que por ese motivo se quemaría esa noche solamente el cadáver del jefe, con lo cual se tranquilizó el populacho, esperando tener al día siguiente otro alboroto parecido.

Mientras la hoguera consumía los restos del pirata, que por muchos años asolara las pequeñas rancherías de la costa, la gente bailaba alrededor, en medio de cantos de guerra y gritos salvajes.

El delfín enteró al Cacique de todos los pormenores de la expedición, elogiando mucho el

coraje con que los guarda-costas habían acometido a la «Lechuza Negra».

Copey se había acercado respetuosamente a la hija del Cacique para contarle todo, logrando despertar en ella un sentimiento de compasión hacia el último de los apaches, que según decía, era un anciano inofensivo, cocinero, que muchas veces le había salvado la vida, dándole de comer a bordo, donde los piratas intentaban con frecuencia matarlo de hambre. La joven Pipilacha, como la llamaban familiarmente, ordenó a una india del servicio que llevara de comer al prisionero, pues como estaba condenado a muerte, se le había privado de alimento durante los últimos dos días.

Terminada la fiesta, algunas canoas regresaron a sus puertos, y las de más lejos aguardaron a la mañana siguiente para salir de la rada de Chira, aprovechando el viento y la marea.

Un bote correo había llevado la noticia durante la noche al pueblo de Corubicí, de manera que al día siguiente saldrían a recibirlos a la entrada del río. Solamente de parte de los nicoyanos se notaba cierta desazón, motivada en los celos propios de pueblos rivales.

Después de media noche reinó la mayor tran-

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

quilidad y los navegantes repararon las fuerzas perdidas durante el viaje, en que tantas impresiones nuevas recibieran, despertando al día siguiente satisfechos, cual si todos hubiesen regresado ya al seno de sus hogares.

POR la mañana fué invitado el Delfín a tomar un ligero desayuno en el palenque del Cacique; después se dirigieron ambos a la cárcel para tomar su declaración al prisionero, llevando a Copey, que entendía bastante bien el lenguaje de los apaches y podía servirles de intérprete en caso necesario.

El viejo cocinero declaró: que estando condenado al último suplicio, nada tenía que ocultar y que, muertos ya todos sus compañeros, a nadie perjudicaba con revelar sus secretos.

—Hace muchos años, dijo, me ví obligado a salir de Guayaquil, con una mujer casada, a quien su marido, por celos, trataba cruelmente; las leyes de mi país condenan esa clase de delitos con la pena de muerte y no me quedaba otro recurso que refugiarme en una cuadrilla

de marineros que se había formado en las costas del sur con el nombre de la «Lechuza Negra». Toda aquella gente se consideraba más o menos inocente de los delitos que se le imputaban, alegando que los grandes señores cometían faltas parecidas y nunca recibían castigo alguno. En tales circunstancias no quedaba otro recurso que el derecho sagrado de la vida, ya que donde quiera que nos apresaran seríamos sometidos al último suplicio. Poco a poco se va uno familiarizando con las manifestaciones de crueldad, que cada cual pondera en los demás para que los propios hechos aparezcan, hasta donde es posible, inofensivos: siempre me pareció que libertar a una mujer hermosa del terror de un marido despiadado, había sido un acto generoso de mi parte y la pena de muerte, a que se me condenaba, completamente injusta. Cuando mis compañeros referían sus maldades, hallaron siempre disculpa que mereciera la aprobación de los demás, formándose una especie de opinión general y un mundo aparte de ideas dentro del grupo alejado por el destino del resto de los hombres.

«Hace quince años, decía, contaba la «Lechuza Negra» con tres embarcaciones: por falta de

mantenimiento arribamos a las playas de Tárcoles, y nuestro jefe cogió, entre otras muchas cosas, una joven hermosa, que se decía mujer del Cacique de Tarrazú, con una niña tan pequeña que sólo sabía decir Nina, nombre de su madre. Como lloraba mucho a bordo, se dispuso dejar la niña abandonada en la costa de Nozara, y su madre murió del pesar algunas semanas después. A partir de aquel tiempo, nuestra banda fué decreciendo paulatinamente, como si una maldición pesara sobre nosotros de tal modo, que perdimos dos de las piraguas y las tres cuartas partes de la tripulación. Cuando se tomó cautivo a Copey, una bruja aconsejó al jefe que conservara vivo ese muchacho, pues su fuga o la muerte marcarían la destrucción total de la «Lechuza Negra».

«Finalmente, agregó, nuestro último viaje a Corú tenía sólo por objeto conseguir agua y algunas provisiones para ir a recoger un cántaro de boca ancha, casi lleno de joyas de oro y piedra verde, que está enterrado, desde hace cinco años, en la pequeña ensenada del Coyote, a la vuelta de Cabo Blanco».

Como aquella confesión tenía un carácter de reserva absoluta, así se ordenó a Copey y al

prisionero, que se quedaron comentando los últimos acontecimientos, en tanto que los jefes se alejaron para resolver lo que debía hacerse.

—Como yo debo salir ahora mismo para mi pueblo, me llevaré a Copey, dijo el Delfín, y os suplico que perdonéis la vida al prisionero: ese anciano no puede ya haceros daño y si os revelará secretos referentes a la vida del mar que deben aprovechar vuestros súbditos, aunque todos sabemos que son los mejores marinos del Golfo.

Los ojos del viejo Cacique brillaron de satisfacción, porque así haría recoger el tesoro de los piratas, en calidad de rescate, pues según las leyes de aquel tiempo, eso pertenecía al último de los sobrevivientes y el viejo cocinero lo cedería en cambio de la vida, no teniendo ya otra persona en el mundo que pudiera aprovecharlo.

Se alistaron las embarcaciones para la salida inmediata, despidiéndose los corubicíes de todos sus amigos de Chira.

Los guarda-costas acompañarían al Delfín hasta la entrada del río. Pipilacha pidió permiso a su padre para acompañar por un rato a los corubicíes en su propia canoa, ricamente

decorada con flores y palmas. Así salieron más de veinte embarcaciones pequeñas con dirección a la boca del río Zapandi.

—La mejor adquisición que habéis hecho, decía Pipilacha al Delfín, es ese muchacho llamado Copey, tiene una dulzura encantadora, tal vez más tarde pudiéramos tomarlo a nuestro servicio.

—Es posible, contestó el Delfín con una sonrisa maliciosa, siempre que tu padre lo consienta...

—Mi padre, replicó la joven, no tiene otra voluntad que la mía, soy hija única, está viejo y todos sus afanes se reducen a complacer mis deseos; además, la condición del cautivo permite que pase de un servicio a otro fácilmente, si tú lo permites.

—¿Y si resultase algo diferente?, agregó el Delfín, por cuya imaginación pasaban en tropel la imagen de Nina, el relato de Copey, lo dicho por los mensajeros güetares y la reciente declaración del apache.

La joven Pipilacha bajó los ojos y se quedó pensativa, sin tratar más del asunto.

Comenzaban a salir embarcaciones del río y la conversación rodó sobre el recibimiento que

tendría el Delfín en su pueblo. Una de las canoas recién llegadas ofreció, con sus respetos a la comitiva, sendas tajadas de papaya, que encontraron deliciosa, porque el sol picaba por la espalda y habiendo llegado a la salida del río necesitaban despedirse los que tenían que regresar, siendo aquella fruta la última comida que hacían juntos los guarda-costas y los expedicionarios corubicíes.

—¿Cerramos el trato?, dijo Pipilacha al Delfín antes de despedirse.

—Os mandaré a Copey con frecuencia a Chira, contestó, para que le conozcas más de cerca, pues la impresión de pocas horas no es bastante para tomar un cautivo a tu servicio; por otra parte, lo he tratado con ciertas atenciones y me dolería que eche de menos mi cariño.

Aquella muchacha mimada y caprichosa comprendió que el Delfín no quería desprenderse de Copey y contestó:

—Está bien, no lo tomaré a mi servicio, pero no dejes de mandarlo, aunque sea de correo, entre tanto yo procuraré averiguar con el prisionero el secreto que parece ocultarme.

Por primera vez había recibido una contra-

riedad y se despidió un tanto seria, estrechándole simplemente la mano y prometiendo que volverían a verse en las fiestas del río Diríá, donde era costumbre que se resolvieran los asuntos pendientes.

Cuando los guarda-costas desplegaron sus velas en la culata del golfo, soplabá una ligera brisa del norte: cada piragua usaba una vela cuadrilonga, sujeta a dos cañas horizontales que se ataban transversalmente al único mástil colocado cerca de la proa; tenían que vencer el empuje de la marea creciente y necesitaban del viento para volver a la rada de Chira. Los corubicíes, por el contrario, seguían su rumbo al noroeste favorecidos por el empuje del Golfo, que contrarrestaba en parte el curso del caudaloso Zapandi y los efectos contrarios de la brisa, pero al amparo de las rocas calizas, trabajando duro los remos y canaletes, avanzaron sin dificultad los cinco kilómetros que faltaban para entrar, a la mano derecha, por el afluente que recoge las aguas del extenso valle de Corubicí.

La parte baja del río estaba despoblada, porque las grandes avenidas de octubre inundan completamente la llanura, destinada por la di-

vina providencia a transformarse, algunos siglos más tarde, en fincas valiosas de ganado vacuno.

El número de botes aumentaba a medida que subían por el río, al favor de la marea creciente. Aparecían los primeros ranchos de verano, pues los indios tenían sus habitaciones en la falda de los montes, pero durante la estación seca bajaban a ocupar las llanuras, aprovechando la pesca y cacería que sube y baja con el ensanche y decrecimiento de las aguas.

Al llegar a Taboga, a la sombra de un precioso palmar de corozo, estaba el Cacique de Corubicí, esperando a su hijo, en compañía de la gente notable del pueblo: unos siguieron por la banda del río y las canoas ascendieron hasta la bifurcación de las aguas, en el puerto conocido actualmente con el nombre de el Bebedero, término de aquella Odisea sin precedentes.

Para Copey el paisaje era enteramente nuevo: un río lleno de vueltas y remansos, de agua cristalina, sombreado en ambos lados por grandes árboles y palmas, muchos ranchos en una y otra margen, centenares de indios trajeados con mantas de algodón, de colores diversos,

altos plumeros de lora y guacamaya, collares de dientes de tigre, un banquete servido en tierra por muchachas graciosas, que lo flechaban con miradas tentadoras, por ser ficha nueva en aquel tablero vivo de afectos y entusiasmos, gran acopio de frutas, carne de tepezcuintle ricamente adobada, tamal pizque, rico vino de jocotes, chicha de maíz nacido, gran orquesta, mascarada y muchos animales domésticos que jamás había visto. Se imaginaba a Nina y Pipilacha moviéndose entre aquella multitud de gentes afectuosas y el cielo de Corubicí le parecía la entrada a la gloria por el resto de su vida.

M 17 x j

XI

Los indios de Corubici necesitaban abrigo corporal en los meses de diciembre y enero, cuando la temperatura baja de 18° C. sobre la falda de la cordillera volcánica, que protege al noroeste el Golfo de Nicoya. La población se extendía por la cuenca del Bebedero hasta las cabeceras de sus afluentes, el río de las Cafias, el Tenorio y río de las Piedras. Cerca de los ranchos dispersos en los valles tenían plantaciones de algodón cuidadas con esmero: hermosas matas de dos metros de altura se cubrían de flores amarillas en el mes de octubre y luego se cuajaban de cápsulas y motas de fibra larga, abundante, que parecían copos de nieve a la entrada de la estación seca.

Aquella región, con sus dos estaciones bien definidas, daba a los cultivos del algodón todo

lo que la planta necesita: suelo fértil, lluvia abundante y sol canicular durante cuatro meses consecutivos.

El algodón lo desmotaban a mano, guardando la semilla de las mejores matas en jupas colgadas al humo, para que no la atacaran los gorgojos. Aunque las plantas podían dar cosecha por varios años, preferían las matas nuevas por la mejor calidad de fibra, y porque rara vez las atacaba el picudo.

Después de desmotar el algodón, lo tendían al sol sobre cueros de venado, y con varillas medio secas de guácimo, lo bataneaban, de manera que crecía como si fuese clara de huevo batida al molinillo. La fibra así preparada la enrollaban para hacer el hilo, por medio de husos de madera, que hacían girar rápidamente sobre un guacal colocado en el regazo.

El trabajo de hilar lo ejecutaban las mujeres mayores, dejando a las muchachas la fabricación de telas y bordados, donde imprimían la belleza de sus ojos encantadores, con dibujos caprichosos.

Los telares eran de lo más sencillo que puede imaginarse: cuatro cañas secas, delgadas, de un metro de longitud cada una, la primera sujeta

con una cuerda de los extremos a un poste del rancho, transversalmente, a la altura de la cabeza; de esa caña se ataban los hilos, tan largos como debía ser el tejido; los extremos los amarraban a la segunda caña, que la india tejedora, sentada en el suelo, tenía sobre el estómago, sujetándola con un cordel pasado por la rabadilla, de manera que el tendido de hilos les quedaba al frente, inclinado de arriba a abajo, del largo y ancho que debía ser la tela; las dos cañas restantes, colocadas también transversalmente, mantenían cruzados los hilos longitudinales, para ir tejiendo de abajo hacia arriba, de derecha a izquierda y viceversa; con la primera de las cañas movedizas apretaban los hilos transversales tanto como querían. A medida que avanzaba el tejido, enrollaban la tela en la caña que tenían sobre el regazo y aflojaban la de arriba; así seguían el trabajo por algunos días, hasta terminar la manta, en que aparecían rayas longitudinales y transversales de variados colores.

Tanto para teñir la cabuya, como las madejas de algodón, usaban tintas firmes, con las cuales matizaban los tejidos, los pintaban después de fabricados, o bordaban en ellos al estilo de cada

pueblo, con fibras delgadas de sansevieria, semejante a la seda corriente de los pueblos orientales.

Fabricaban en los ríos puentes colgantes, donde las piedras o raudales no permitían la fácil navegación. Para estas construcciones empleaban bejucos gruesos, resistentes, tendidos de uno a otro lado, en forma de V, tan bien entrelazados que podían los indios pasar cargados, con absoluta seguridad. De tiempo en tiempo reforzaban el puente con bejucos frescos, para que se mantuviera siempre en servicio, sin necesidad de hacer otro nuevo; solamente en casos de grandes avenidas solían las crecientes arrastrar el puente, a pesar de la altura que le daban sobre el nivel del agua; en tales casos la reconstrucción era indispensable. Así mantenían expedito el tráfico por tierra, de pueblo a pueblo, con poco trabajo y de manera eficiente.

En ciertos lugares, donde abunda la fruta de ojoche, excavaban fosas de dos metros de hondo, más anchas abajo que arriba, las cuales tapaban superficialmente con ramas delgadas y hojas secas, para que sirvieran de trampa, donde cogían venados y cerdos silvestres, que los indios aprovechaban como alimento. Esas exca-

vaciones las hacían con macanas de madera sumamente dura, revelando en todo el ingenio aplicado a las necesidades de la vida y a las condiciones especiales del ambiente.

Copey, acompañado de Cangrejo, recorría las plantaciones y trabajos industriales, admirando en cada caso la exuberancia de la Naturaleza y el esfuerzo laborioso de aquel pueblo.

En uno de los ranchos encontraron una familia dedicada por completo a fabricar telas de calidad superior, en la mayor reserva y aislamiento.

—A esta familia, decía Cangrejo, le atribuyen la posesión de secretos que todos califican de un egoísmo refinado; pero debe tenerse en cuenta que los mejores artistas necesitan concentrar la mente sobre su propia concepción, y los charlatanes distraen sus ideas sin provecho alguno para nadie. En las grandes multitudes, la gente bullanguera es indispensable para animar las fiestas; pero en los talleres se necesita la tranquilidad absoluta del espíritu, que concibe y ejecuta, dando origen a las mejores creaciones del arte. En la fabricación de una obra comunal todos cantan y se mueven en aparente desorden, pero los capataces conservan la tran-

quilidad y firmeza de sus disposiciones; el artista tiene que ser director y obrero al mismo tiempo.

Copey oía y observaba atentamente como si tratase de aprender en poco tiempo lo que debía servirle para el resto de su vida.

—El año pasado, decía Cangrejo, teñimos el hilo morado en la costa occidental, yendo por tierra hasta la bahía de Salinas, que se abre al norte, con una isla al centro: aquella bahía tiene playas hermosas al fondo y en sus aguas tranquilas abunda la pesca de curbinas; pero la mayor parte de caracoles la hallamos en las rocas del Junquillal, que están siguiendo la costa al sur, sin que nos fuese posible pasar de la bahía, porque el Cacique Nicarao tiene extendidos sus dominios hasta aquellos parajes y se pasa celoso de los pueblos peninsulares. Esta llanura extensa, que hemos recorrido tantas veces entre Corubicí y la costa del poniente, está cubierta de estepas solitarias, carece de agua potable, y no llegará a ser productiva mientras no se establezcan canales de riego artificial como lo han hecho los indios del Perú. Nuestra gente aprovecha tan sólo los pequeños valles que tienen agua corriente, y en ciertos

lugares hasta los ríos se secan durante algunos meses, viéndose obligados los vecinos a excavar pozos sobre el lecho mismo del río para obtener el agua necesaria. Sin embargo, tanto la bahía de Culebra como otras muchas ensenadas, se llenan de gente durante la estación seca, pues allí se obtienen caracoles, ostras, almejas, concha perla y abundantes peces de carne deliciosa, sin contar las tortugas de carey que ya conoces.

—Si no fuese porque mi familia desea verme, dijo Copey, me quedaría un año en estas tierras, para ver todo lo que hay de interesante: allá, en el interior, la vida es menos variada, la pesca de río nos da bobos y tepemechines; pero la tierra debe trabajarse con intensidad para obtener el sustento necesario; además, la temperatura baja mucho y el abrigo corporal se hace indispensable durante todo el año; la costa tiene un atractivo irresistible, hay tal encanto en el movimiento del mar, en el remanso de las aguas, en la dulzura del bosque sombrío y en los ojos de Pipilacha, que si ella lo ordenase pasaría en la isla de Chira el resto de mi vida.

—Ya lo había sospechado, agregó el Cangrejo; pero no debes decirlo, pues si su padre llega a saberlo te perseguirá como a un pirata,

y la influencia de nuestro jefe no será bastante para que escapes de la hoguera; aquí estos asuntos se resuelven por la vía ejecutiva. El viejo Cacique tiene los ojos puestos en el Delfín para casar a su hija y nadie lo hará cambiar de voluntad, ni la misma muchacha, que pretende tener sobre él un dominio absoluto.

—¿Y qué piensa el Delfín?, preguntó Copey con interés.

—Me parece que nuestro amo la encuentra demasiado varonil, contestó Cangrejo. Aunque el Delfín semeja una dama en su aspecto y trato personal, puedo asegurar que no hay otro hombre de mayor energía y carácter: lo he visto luchar con un tigre cuerpo a cuerpo, como si tratara de jugar con un niño. Por la ley de compensaciones, creo que sería más fácil un matrimonio entre el Delfín y Nina... En todo caso, tu situación de liberto es muy desfavorable y debes desechar esa pretensión.

—Sin embargo, replicó Copey, cuando vayas a Chira, llévame de marinero; seguiré en todo tus consejos, sin provocar jamás dificultades, pues al Delfín le debo tantas atenciones, que mis actos se ajustarán siempre a su propia voluntad.

XII

ENTRE tanto Pipilacha había logrado del prisionero que le dijera todo lo que él sabía con respecto a Copey; mas para ganarse el afecto de la princesa india, ponderó el apache su carácter bondadoso, inteligente y activo, atribuyéndole riquezas imaginarias, de las cuales nada podía saber.

—Cuando ese muchacho vuelva a su pueblo, será tan poderoso como el Cacique de Chira, decía el tunante cocinero.

Así había conseguido que le quitaran las amarras y lo trataran con ciertas atenciones de consideración.

El viejo Cacique atribuyó cuanto le decía Pipilacha a la fantasía juvenil, que siempre va más lejos de la realidad de las cosas. Para él lo único práctico era el tesoro de los piratas:

había ordenado equipar tres piraguas, sin decir a la tripulación el lugar a donde iban, y con el prisionero por guía se hizo a la mar en una noche tranquila, evitando tocar en ningún puerto habitado, y arribando tan sólo a las pequeñas ensenadas para que nadie se enterase del propósito que lo llevaba afuera del Golfo.

Durante su ausencia llegó un correo de Corubicé, conduciendo al pregonero del Cacique Dirirá, que fijaba la siguiente luna llena para la apertura de la feria anual.

—Mi padre estará pronto de regreso, dijo Pipilacha; hace una semana que salió y debe regresar antes de tres días; lo mejor será que lo esperen aquí, para reunir la gente y hacer los pregones de costumbre, a tambor batiente, en la plaza.

—Me parece bien, contestó Cangrejo; mientras tanto iremos Copey y yo de pesca y cacería a la isla de Cachoá, que está cerca y tiene una mar tan tranquila como el alma de mi compañero.

—Llevaremos flecheros adiestrados, agregó Pipilacha, y yo misma les acompañaré, si ustedes lo permiten; saliendo temprano, se puede regresar por la tarde, para que vuestra perma-

nencia en estos dominios no resulte fastidiosa. En Cachoá no hay alojamiento, pues sólo está habitada por una familia de pescadores, permitida por mi padre en calidad de vigilancia, para evitar el exterminio de nuestra cría de ciervos, que tenemos protegida desde hace muchos años en aquella isla.

—Así, dijo Copey, la cacería será más interesante bajo la protección y vigilancia de la Reina Regente.

—Guardaré la galantería de Reina Regente, agregó la joven princesa, e iremos al rayar el alba a pasar un día de campo, como si fuésemos amigos de la infancia. Estas oportunidades se presentan raras veces; mi padre vive apegado a las costumbres ceremoniosas y si estuviera aquí, encontraría algún pretexto para evitar mi viaje con ustedes. Que duerman esta noche tranquilos, son mis primeras disposiciones.

—Que la luna os proteja, contestaron los huéspedes respetuosamente.

Al comenzar la noche apareció la luna radiante, con todo su esplendor, y ambos compañeros fueron a la rada para gozar del baño vespertino en que jóvenes y marineros tomaban parte, especialmente los cadetes de Chira, cu-

yas maniobras en el agua eran de gran agilidad: saltaban de los botes en diversos giros, pasaban por debajo de las barcas y aparecían de nuevo, trayendo conchas del fondo, como si fueran buzos profesionales. Otros ejecutaban regatas al canaleta, haciendo girar los botes con la destreza de culebras de mar.

— Así se explica, decía Copey, que esta gente conserve el dominio absoluto del Golfo.

Algunos marineros se ocupaban en alistar las embarcaciones que debían salir en la madrugada para Cachoá: afilaban las puntas de las flechas, templaban los arcos, revisaban las redes de pescar; cuerdas nuevas repusieron las que se veían gastadas por el uso; harpones de güiscoyol, sogas de lazar, todo quedó listo, porque la princesa era el ídolo de aquel pueblo y todos procuraban complacerla para gozar de los favores del Cacique.

Las mujeres del servicio en el palenque, preparaban tamales de carne con chile, yuca cocida en miel de abejas, pescado frito, bebidas fermentadas, agua potable, tortas de ojoche y todo lo mejor que podían alistar en pocas horas, pues iría una barca tripulada por mujeres y querían ser espléndidas con los huéspedes, sin

que faltase nada a los marineros y cazadores.

Al clarear el día sonaron las cornetas y todo se puso en movimiento: algunos de los ranchos habían mantenido sus fogones encendidos durante toda la noche, para que el desayuno estuviera caliente. Cada cual tenía designado su puesto, y cuando se presentó Pipilacha, seguida de seis indias del servicio, los marineros formaron a uno y otro lado, con sus armas y canaletes en línea de parada.

—Si todo está listo, dijo la princesa, podemos salir.

Tomaron asiento en los botes, y Pipilacha cogió el timón de su propia barca. La barca corubicí seguía después, y detrás dos piraguas guarda-costas del tamaño menor.

Voltearon la isla de Chira por el sur, e hicieron rumbo a los manglares que separan la isla de Cacho de la costa peninsular.

El sol aparecía con sus primeros fulgores, reflejando sobre la superficie del espejo apacible: garzas blancas que se alejaban del manglar, plantas que reciben del agua salada la vida y sus encantos, la imagen de cuatro barcas portadoras del amor oculto, el deseo de agradar, el orgullo de un pueblo jamás subyu-

gado y el atractivo de la juventud que constituye la esencia de la vida, desde los seres elevados hasta el último de los infusorios.

De vez en cuando miraba Pipilacha hacia atrás para enterarse de la marcha uniforme, con el orgullo de un Almirante que contempla el desfile de sus barcos, como si fueran partículas de su propia vida.

Copey la seguía, cual si estuviera atado a un hilo invisible de aquella mujer dueña de la voluntad de todo un pueblo de marinos.

Muy temprano arribaron a la isla de Cachoá, notable por la cantidad de venados que había en ella, pues huyendo del tigre se refugiaban allí con frecuencia, sin más trabajo que atravesar el canal tranquilo que separa la isla de la costa del sur.

Cuando saltaron a tierra, pudo convencerse Copey de que el ama de su corazón era en realidad encantadora: llevaba sueltos y recortados los cabellos, una blusa ligera cubría su pecho escultural, dejando al descubierto sus brazos torneados con esa gracia inimitable que sólo la Naturaleza puede dar; una falda corta dejaba al descubierto la parte más graciosa de sus piernas, calzadas con babuchas de piel de ve-

nado, blancas como si fueran de armiño. Llevaba un carcaj adornado con plumas de garza blanca y podía tomársele por la Diana Cazadora del pueblo griego.

Los indios conocían el terreno palmo a palmo y sabían los sitios en que pastaban los venados. Nadie podría disparar una flecha antes que Pipilacha: la comitiva se dirigió hacia un árbol de ojoche conocido, cuyas hojas y frutos comen los venados con deleite. A todos se impuso el mayor silencio. Cuatro de las mujeres y algunos pescadores se quedaron en la playa preparando el almuerzo, al rededor de un fogón encendido exprofeso, pues la arribada se había hecho al lado sur, bastante distante del rancho del vigía.

Al llegar al árbol de ojoche, la joven princesa preparó el arco y dirigiendo un dardo sobre el costado izquierdo de un hermoso venado de cornamenta bifurcada, lo clavó con tal maestría, que la bestia dió un salto y cogió, seguida del resto de los siervos, la dirección del cerro inmediato. Los cazadores, cual si fueran perros de presa, siguieron los venados por entre zarzales y matorrales, disparando sus flechas cada vez que el bosque lo permitía.

Pipilacha dijo a Copey:

—Aguardaremos aquí un momento, mientras ellos regresan; poco interés tengo en llenarme de garrapatas y coloradillas, que son tan fastidiosas.

Poco antes de llegar a la cumbre del cerro, se detuvo el venado herido, faltándole las fuerzas; dobló las manos, y tendido en tierra comenzó a desangrar por el hocico y las narices. Dos de los indios cortaron una vara y atándolo por las piernas, regresaron a donde estaba la Princesa. El resto de los cazadores siguió haciendo disparos hasta la playa del norte, donde lograron, después de medio día de trabajo, coger dos hembras y un venadito pequeño, vivo, que se metió al amparo de una roca.

Copey se había olvidado de la cacería, atado como estaba bajo la sugestión de la joven india.

—Me habría gustado, la decía, ser vuestro ciervo para recibir en la mitad del corazón ese dardo que al venado habrá hecho feliz.

—Eso se dice fácilmente, contestó Pipilacha, pero nuestras flechas no dan siempre en el blanco y muchas veces confundimos un fugaz rayo de luna con los destellos de la felicidad que se persigue... Estoy cansada de las atenciones colectivas y preferiría la tranquilidad de

una isla desierta, donde no hubiera más que dos almas fundidas bajo un solo pensamiento.

—El Delfín podría completar vuestra dicha..., dijo Copey.

—El Delfín no es mi complemento, contestó Pipilacha, él es un hombre de mando y su pueblo lo necesita para continuar unido. En cambio, Chira tiene tantos guerreros que pueden reponer a mi padre en el mando, que mi presencia no es indispensable; bien podría retirarme sin detrimento alguno y gozar de tranquilidad absoluta, alejada de las esferas oficiales.

Los indios que estaban en la playa habían cogido una tortuga y la tenían asándose en el fogón. Después que llegaron los primeros cazadores desollaron el ciervo, ocupándose las mujeres en ahumar la carne, bien cargada de sal para que pudiera conservarse por algunos días.

Cuando vino el resto de la comitiva, se dió principio al festín, bajo la sombra de los árboles costeños.

Se formaron tres grupos, uno de cazadores, orgullosos del éxito de la partida, pero tan cansados y sudorosos, que bebían mucho y

comían poco. Otro de pescadores, cuyo apetito se había abierto desde temprano, viendo preparar las raciones del almuerzo, sin que ellos pudieran hacer nada durante la marea baja. El grupo de las mujeres se mantenía ocupado en repartir viandas y bebidas a todos.

Había llegado el guarda de la vigía a presentar sus respetos, con la mujer y dos niños, de ocho y diez años, uno de ellos atacado de paludismo. Pipilacha los atendió lo mejor que pudo, indicando a la madre la conveniencia de trasladarse a Chira por algunos días para curar el enfermo; entre tanto, dejaría dos marineros en Cacho para atender el servicio de vigilancia.

—Aquí hay poco que pescar, decía el guarda; tal vez hoy cojan algo por ser la marea grande; deben echar el chinchorro apenas complete la creciente, otras veces se han cogido pargos rosados, robalos y curbinas...

—Como sobra la comida, dijo uno de los marineros, con cuatro timburiles que cojamos es bastante para oírlos roncar rascándoles la panza.

—Para qué más timburil que vos, replicó uno de los cazadores, que ya estás «abombao» de tanto comer. ✓

La risa franca de las mujeres hacía que las bromas se las llevara el viento, sin provocar disgustos.

Terminado el almuerzo, los pescadores tomaron dos botes y tendieron el chinchorro de uno a otro extremo de la ensenada, donde habían tirado los desechos de la cacería para atraer los peces. Cuando se presentó alguna tintorera la alejaron a flechazos por temor de que rompiera la red; llevaron los extremos hasta la playa, y hombres y mujeres la fueron recogiendo poco a poco, sin otro resultado que dos bagres y algunos cumينات.

—Estas son las primeras avanzadas, dijo el guarda; esos animales son voraces y van siempre adelante; deben esperar la repunta para echar de nuevo el chinchorro.

—Nada de repuntas, replicó uno de los boteros; echaremos la red veinte veces mientras no anochezca, para sacar hasta la última mojarra.

—A ese se le ha subido la chicha, murmuró uno de los cazadores, apostaría a que van a tener que sacarlo del agua con chinchorro.

Mientras echaban y recogían la red repetidas veces, los cazadores durmieron la siesta, so-

ñando con despeñaderos y estacadas; a uno lo había mordido una serpiente de cascabel y, cuando se despertó, tenía clavada en la espalda una espina doble de cornizuelo; a otro lo despertaron las hormigas mordiéndole las piernas, y todos convinieron en que se dormía mejor en las hamacas de Chira.

—La verdad es, decía uno de ellos, que para dormir no hemos venido: debiéramos estar cortejando las muchachas y no dejarle a Cangrejo el trabajo de estar echando chascarrillos. Por lo que a Copey respecta, si lo viera el Cacique pelando la pava, le molía las costillas a palos; dicen que es de gran linaje, pero eso es seguramente una farsa inventada por el apache, que sepa el diablo a dónde lo fueron a tirar por embustero.

Al caer la tarde, recogieron el producto de la pesca en uno de los botes y en otro las dos venadas de la cacería. Las mujeres entregaron al guarda el sobrante del banquete, y llevaron en su barca el venadito vivo, como recuerdo de aquel día de regocijo.

Emprendieron el regreso las cuatro embarcaciones, llevándose a la mujer del guarda y ambos niños, casi desnudos, pues hacía muchos

meses que vivían en Cachoá, donde el vestirse les hacía poca falta. El viento del norte había comenzado a soplar en el Golfo y las barcas se agitaban mucho con el movimiento del oleaje, mojando repetidas veces a los paseantes; pero nadie manifestaba temores, porque estaban familiarizados con el mar, especialmente los indios de Chira, que nacían de padres marinos, se criaban y educaban para marinos, y resultaban marinos corrientes y molientes a todo ruedo, como decía Cervantes. Sin embargo, se vieron obligados a trabajar duro, para ponerse al abrigo de la isla de Chira.

—Desembarcaremos por el sur, ordenó Pipilacha, y tomaremos el camino de tierra a través de la isla, aunque lleguemos tarde; hay buena luna y la vereda que conduce al palenque es espaciosa.

Las barcas seguían la voluntad de la Princesa, endilgando sus rumbos al poniente, y después de luchar por dos horas contra viento y marea, arribaron a la costa de Chira.

Los indios de la playa acudieron al recibimiento y luego, con hachones encendidos de cera de jicote, acompañaron la comitiva por el camino de tierra hasta el palenque, muy en-

trada la noche, donde los esperaban con zozobra, temiendo que les hubiera ocurrido algo grave.

—Esta mujer vale un tesoro, decía Copey; nuestras mujeres del interior son timoratas y sumisas, nada se atreven a hacer sin la voluntad de sus padres o maridos.

—Con todo, replicó Cangrejo, esta libertad de la mujer va en detrimento del hogar: ellas tienen demasiado gobierno de sí mismas para que se sometan al trabajo que requiere la madre de familia y, a mi juicio, la función más importante de la mujer es la maternidad.

Al llegar al palenque se les invitó a cenar opíparamente; pero se comió poco y se durmió mucho, dejando los comentarios de la jira para el día siguiente.

Por la mañana se formaron corrillos comentando los lances de la pesca y la cacería; la gente menuda celebraba con risas infantiles las narraciones exageradas de los cazadores.

Los marineros estaban ocupados en el aseo de las barcas, reunidas ya en la rada central, porque un correo venido de Corozal, en la madrugada, traía la noticia de que el Cacique llegaría esa tarde.

En los patios de los ranchos quemaban montones de basura para que todo apareciera limpio.

—No quiero que mi padre eche de menos su presencia entre nosotros, había dicho la Princesa, y todos los vecinos se empeñaron en complacerla, engalanando la población. Improvisaron arcos de palma, y por la tarde se presentaron en la plaza hombres y mujeres en traje de fiesta, de lo que se regocijó tanto Pipilacha, que ordenó llamada de banda, para que la concurrencia se entretuviera con bailes y tertulia animada a la sombra del palmar contiguo a la plaza.

—¡Que baile Copey!, gritaba la multitud. El forastero sacó una de las bailarinas y lo hizo tan correctamente, que lo colmaron de aplausos. Cuando le tocó hablar dijo:

Siento mi vida errante en el espacio,
sin patria, sin amores, sin hogar,
helarse como estrella solitaria
en la ignota, infinita oscuridad.

Uno de los guarda-costas le salió al encuentro diciendo:

Quédate en Chira, donde el viento arrastra
 las penas y las dudas de tu afán;
 donde hay mujeres del amor ardiente,
 donde en lucha constante triunfarás.

Todas las miradas se dirigieron a la bailarina, que por lo visto no era de Chira y que había manifestado con los ojos simpatías por el joven forastero. Ella sin inmutarse recogió el guante y le dijo a Copey:

Vamos a Chara y te daré canciones,
 amores mil, con miel y mucha sal;
 allí se olvida lo que ayer se hiciera
 y en el futuro nadie piensa ya.

Celebraban con risas y palmadas aquella declaración a boca de jarro, cuando sonaron las trompetas, como un eco transmitido desde la parte oriental, de colina a colina, a lo largo de la isla.

—Viene mi padre, dijo Pipilacha; debo retirarme para recibirlo. Y se alejó corriendo hacia el Palenque.

Todos se encaminaron a la rada, en espera de las piraguas: las guardias ocuparon sus puestos y la banda oficial se formó por cuartas, con tambores y clarines al frente.

El recibimiento del Cacique se verificó con toda la pompa de una entrada triunfal.

Llamaba, sin embargo, la atención, que en la comitiva faltara el cocinero apache, pero nadie se atrevía a preguntar por él, y los viajeros guardaban absoluta reserva, limitándose a decir que habían tenido un viaje feliz hasta el penúltimo día, en que el viento los obligó a refugiarse en la isla de Pocosi.

Al entrar al palenque, preguntó Pipilacha por el viejo cocinero.

El Cacique se limitó a contestar:

—Ese hombre fué criminal hasta el instante de morir. En Cabo Blanco se tiró al mar con la botija del tesoro atada al cuello, sin que fuera posible salvarlo.

XIII

NADIE podía creer que el tesoro se hubiera escapado de manos del Cacique, pues lo consideraban como hombre jugado a toda clase de trampas; pero los viajeros aseguraban que el apache se había fingido enfermo de muerte para poder suicidarse con libertad, llevándose consigo la botija atada al cuello hasta el fondo del mar, en un sitio en que los buzos no pudieran salvarlo. En la banca en que dormía el viejo cocinero encontraron después algunos signos escritos con carbón, que decían: «Juro por la memoria de mis compañeros muertos que el Cacique de Chira no gozará de nuestro tesoro».

Los magnates supieron esa misma noche la realidad del percance, cuando el Cacique en sesión secreta les dió cuenta detallada del re-

sultado de su viaje: sin dificultad alguna había llegado al lugar donde estaba oculta la botija, y sin destapar la tinaja fué trasladada a su cámara particular del bongo; pero la repentina enfermedad del apache y cierta inquietud mal disimulada, hizo sospechar algo decisivo, y por la noche, sin que nadie se enterase, sacó el Cacique las joyas de la botija y la llenó de arena y piedras en peso equivalente. Al emprender el viaje de regreso, en la madrugada, se puso la tinaja en la piragua del enfermo para que él mismo la cuidase, pues el rescate no podía verificarse en aquellos parajes solitarios, sino en poblado, con las formalidades de costumbre, dándole así la oportunidad de revelar sus intenciones.

Todos los miembros del Consejo elogiaron mucho el procedimiento de su jefe y se dispuso guardar el secreto hasta nueva resolución. Pero al día siguiente, al celebrarse oficios religiosos en acción de gracias por el feliz regreso del Cacique, éste se presentó luciendo un precioso collar de piezas de oro que jamás habían visto, y se dijo: que por un milagro de los dioses, los buecos sagrados habían traído por la noche la botija del tesoro hasta las costas de Chira.

Terminados los oficios religiosos, el Cacique invitó al sumo sacerdote y gente de mayor valía, para mostrarles algunas joyas procedentes del tesoro: una guardia de maceros custodiaba la entrada del Palenque y la banda de marinos hacía los honores de ordenanza desde afuera. Tomaron asiento en banquillos de madera y los magnates ocuparon lugar preferente en asientos de piedra labrada, al lado del jefe. Sobre una manta roja, bordada de amarillo en las orillas, se exhibieron gran cantidad de piezas de oro y piedra verde que los concurrentes devoraban con los ojos.

—Entre estas joyas, dijo el Cacique, hay seguramente algunas robadas a nuestros amigos los indios güetares y no me gustaría conservarlas en mi poder; dicen que ese joven llamado Copey procede de la nobleza del interior, y si eso es cierto, él conocerá algo de lo que a sus conterráneos les pertenece.

Se hizo entrar a Copey acompañado de Cangrejo, viva representación del drama y la comedia; esbelto el joven, de mirada altiva, contrahecho el viejo, sagaz y decidor.

El sumo sacerdote dijo a Copey:

—Si eres en realidad de origen noble güetar,

separa entre esas joyas las que a tu pueblo pertenecan.

Copey se quedó pensativo por algunos segundos, como si tratara de traer a su memoria el recuerdo de los años infantiles: estaba bajo la sugestión del viejo sacerdote indio, quien con la vista clavada sobre la mentalidad del forastero, trataba de leer hasta los más recónditos pensamientos.

Copey tomó un collar de siete águilas de oro y lo presentó al sacerdote, diciendo:

—Este lo he visto alguna vez en mi vida.

Después de una larga pausa, cogió una gargantilla de cuentas de ámbar y canutillos de oro, con una mariposa del mismo metal al centro, y besándola como si fuese una reliquia de su madre, la entregó al sacerdote, y dijo:

—Me parece haber tenido antes esta joya en mis manos; de lo demás no conservo recuerdo alguno.

En una petaquilla de palma, ricamente tejida y coloreada, acomodó el sacerdote ambos collares entre algodones perfumados y la entregó a Copey, diciéndole:

—Amárrala tú mismo.

Este obedeció, haciendo un nudo extraño,

que nadie conocía. El viejo sacerdote miró al Cacique con ojos de mutua inteligencia, y colocando la petaquilla, a vista de todos, en un crematorio portátil de barro cocido, le echó muchas brasas y polvos de chirraca y copal, avivando el fuego con un abanico de plumas rosadas. Mientras el humo del incienso se esparcía en el Palenque y el fuego sagrado consumía la petaquilla, se entonaron cantos religiosos para que el Dios de la Verdad devolviese las joyas a sus legítimos dueños. Luego notaron todos con sorpresa que las joyas de ambos collares habían desaparecido, y que en la vasija del crematorio sólo quedaban cenizas, las cuales sopló el sacerdote a los cuatro vientos sobre las cabezas de los concurrentes, mostrando después el incensario completamente vacío.

Aquella escena había cambiado la situación de Copey en Chira: después de la exhibición, se le invitó a almorzar en la mesa del Cacique, y pasados los pregones que anunciaban las fiestas del río Dirιά, algunas canoas lo fueron a despedir hasta la entrada del Tempisque.

—Ése muchacho, decía el sacerdote, anda bajo la protección de los dioses: es verdaderamente admirable la serenidad de su comporta-

miento; un impostor jamás habría obedecido al poder de la sugestión.

—Algo de eso me ha dicho Pipilacha, agregó el Cacique; pero desconfío del poder de las mujeres para sondear el corazón humano, porque el amor les pone con frecuencia una venda fatal.

*
* *

Cangrejo contó al Delfín los motivos de su demora en el viaje a Chira, hablando con entusiasmo de la riqueza incalculable del tesoro.

—Nada de eso ambiciono, arguyó el Delfín, ninguna riqueza es comparable al cultivo de la tierra y al producto de las manufacturas: una joya es valor estancado, que puede satisfacer la vanidad, pero no llena otras necesidades apremiantes de la vida, y si admiro en los joyeros el ingenio creador, carece de aliciente para mí todo lo que se obtiene sin otro objeto que la ostentación de lujo. Para el Cacique de Chira son esas joyas indispensables, pues contribuyen a mantener su prestigio sobre un pueblo de guerreros, empeñados en conservar por la fuerza el dominio comercial del Golfo, viviendo en lucha perenne como los peces en el agua. Yo

prefiero el ambiente creador de la Naturaleza, lleno de flores y cantos de armonía: si tuviese a mi lado una compañera como Nina, sería completamente feliz; pero mis padres están apegados a las viejas tradiciones y no quieren mezclar su sangre con la de una joven de origen dudoso, por más encantadora que sea.

Para el Delfín todos los hombres honrados eran iguales y trataba a Cangrejo como si fuera un hermano confidente, contándole detalles y conversaciones de familia completamente reservados.

Al día siguiente fueron a visitar las fábricas de tejidos para tomar nota de todo lo que tenían preparado para la feria, a fin de que se trasladara Copey a Diriá con veinte obreros acostumbrados a construir pabellones de exhibición.

—Las joyas del tesoro valen mucho, decía el Delfín, pero el ingenio y labor de un pueblo como el nuestro es superior a todo lo que ha podido estar al alcance de los piratas; debemos evitar que los nicoyanos nos pasen por encima en materia de tejidos y que haya otra instalación superior a la nuestra desde el punto de vista artístico. En el costado al norte de la plaza, que nos corresponde, debemos levantar

una construcción oval de treinta pasos de largo, por veinte de ancho, con dos pilares al centro de cinco brazas de altura. A diez pasos de separación, a uno y otro lado, siguiendo la línea central de este a oeste, se harán dos campamentos de forma cónica, bastante espaciosos, para que se instalen en uno las tejedoras con el servicio de cocina y despensa; el otro campamento lo ocuparé yo, con nuestras autoridades. Los tabaucos respectivos deben estar acondicionados para distribuir los dormitorios así: en el del este, nuestro alojamiento; en el gran pabellón central, los guardas de vigilancia y en el tercero, las mujeres. Todo debe terminarse antes de tres semanas: la comisión de festejos ha ofrecido prestar materiales, peones y alimentos, pero debemos llevar lo más que sea posible, dejando un servicio de correos establecido por tierra a lo largo de las llanuras de Piedra Blanca, puerto de Humo y cerros de Bejuco, por el camino que va a las fábricas de cerámica nicoyanas hasta las vegas del río Diríá.

Copey había tomado nota de todo, y esa misma tarde se ocupó en hacer los preparativos del viaje, ayudado de Cangrejo, que también formaría parte de la comitiva. Allá encontrarían

varas, cañas, bejuco y palma en abundancia.

—Nunca he recibido una comisión de mayor agrado, decía Copey; trataremos de complacer al Delfín para que Nina y Pipilacha sepan lo que vale el pueblo de Corubicí.

XIV

EL desfile de los trabajadores corubicíes se inició llevando cada cual una red a la espalda con utensilios de construcción, carne salada en abundancia, maíz desgranado y gran cantidad de zapotes, que era la fruta en cosecha.

Los indios caminaban uno tras otro, siguiendo la margen derecha del río hasta la Palmita; después cruzaba la vereda por la extensa llanura de Catalina, poblada de pastos naturales, zarzas y cornizuelos, entre los cerros de cal al norte y los ríos Tempisque y Bebedero. A veces se detenía la comitiva para descansar y comer algo: así lo hicieron en la fuente que sale de las rocas, esperando a que entrara la tarde para seguir hasta el paso del río, que verificaron en botes, frente al puerto de Humo. Allí tenían

amigos y habitaciones donde pasar la noche.

El camino de tierra les resultaba más práctico, por estar acostumbrados a hacer largas jornadas sin mayor fatiga, aprovechando la mañana y la tarde; al medio día y por la noche descansaban, pudiendo hacer así viajes de semanas enteras.

Al clarear el día tomaron el camino de Bejuco, para llegar al valle de Talolinga, sombreado de palmeras y árboles coposos, a cuyos pies se retuerce, como serpiente de plata, un pequeño río. La excelencia de las arcillas que forman el subsuelo de aquel valle ha dado trabajo durante muchos siglos a los mejores artistas nicoyanos. Allí almorzaron entre chistes y miradas cruzadas con las muchachas fabricantes de cerámica, admirando la destreza con que trabajaban.

Por la tarde llegaron a Diriá, donde los recibió la comisión de festejos, facilitándoles alojamiento en un rancho desocupado expresamente para ellos. Tres mujeres que llevaron consigo los corubicies, tomaron posesión de la vivienda y en poco rato tenían comida lista, colgadas las redes y tendidas las hamacas, de manera que todos descansaron tranquilamente,

para comenzar temprano sus trabajos preparatorios.

Los vecinos de Diriá se habían adelantado y tenían listos sus ranchos de exhibición al poniente de la plaza, en forma de altas pirámides con techo de paja, de arquitectura uniforme y graciosa. También los nicoyanos habían ocupado ya la parte del sur, construyendo instalaciones cuadrilongas con aleros al frente. Este anticipo de labores dejaba libres muchos obreros que se pusieron al servicio de los corubicíes, logrando en menos de quince días terminar sus construcciones, tales como habían pensado hacerlas antes de salir del pueblo. Dos correos por semana daban cuenta al Delfín del progreso de los trabajos.

Algunos exhibidores se habían anticipado a llegar, especialmente mujeres con telas y bordados preciosos, pero todo lo mantenían oculto, con ese egoísmo tan natural en los competidores a un concurso.

Por las tardes, después del trabajo, iban los obreros al río, para tomar un baño antes de cenar, y todas las noches se cantaba y bailaba por un rato, atrayendo así, paulatinamente, nuevos trabajadores de los pueblos vecinos, y ventas

que en chinamos hacían las delicias de las noches de luna.

Cuando llegaron los primeros indios de Chira a ocupar el este de la plaza, estaban las instalaciones restantes terminadas. Formaron una línea de campamentos, como si trataran de una revista militar; todo su transporte lo hacían en barcas por el río hasta el puerto de Bolsón: pescado salado, conchas y caracoles de formas y tamaños diversos, plumas de garza, pieles de lagarto, tortugas y planchas de carey; remos, canaletes, mazas de guerra, arcos y hachas, todo indicaba su temperamento de combate, comercial y de aventuras.

Los nicoyanos presentaban un conjunto más variado: productos de la tierra, algunas manufacturas y objetos de mar, todo lo cual les permitía atender a sus necesidades y miraban con ojos despectivos, recelosos, a los vecinos del Golfo por su carácter ambicioso y acaparador, a los corubicíes por el orgullo que fundaban en sus tejidos de algodón, y a los pueblos dependientes del Cacique de Diríá porque se creían los mejores artistas en escultura y cerámica.

Sin embargo, tratándose de fiestas o cuando

se veían amenazados por algún peligro comunal, olvidaban las rencillas lugareñas.»

Comenzaron a llegar partidas de indios con hamacas, redes, cordelería, objetos de cerámica, telas de algodón, bastones, etc., muchas cosas destinadas a la venta inmediata y otras a la exhibición: el comité de festejos indicaba el lugar respectivo, y cada uno de los recién llegados se instalaba de la mejor manera posible.

Llamó a todos la atención el arribo de una docena de indios altos, colorados, sumamente raros, porque lucían plumas de quetzal y venían preguntando por Copey. Este salió a su recibimiento y de manera provisional los instaló en el rancho destinado al Delfín: eran en realidad de origen güetar y traían por todo equipaje petacas selladas, cuyo contenido nadie sabía, porque el reglamento de la feria declaraba de secreto inviolable todo lo que estuviera destinado al concurso; pero Copey supo en seguida que se trataba de cacao de Matina, moneda corriente en aquel tiempo como pudiera decirse, oro acuñado de la mejor ley y peso.

Luego los enteró de todo lo ocurrido sin que la chusma pudiese comprender el lenguaje de los forasteros. Por fuera corría la noticia de que

eran millonarios que pagaban los servicios en moneda de cacao.

—Tengo, les dijo, algunas sorpresas que comunicarles: estoy enamorado de la hija del Cacique de Chira, y mi hermana, que debe llegar dentro de poco, le ha echado el anzuelo al Delfín, el hombre más interesante de todas estas tierras.

—Todo eso es fiebre de la costa, replicaron los güetares: tenemos orden de llevarte a Tarrazú, aunque carguemos con la isla de Chira, y si tu hermana vive, como dices, la llevaremos en silla de manos regando de cacao todo el camino.

—Confío, dijo Copey, en que antes de tres días habréis cambiado de parecer: vamos al río y veréis lo que valen estos parajes llenos de mujeres preciosas, pájaros que mueven la cola diciendo que no a todas vuestras pretensiones, y tantos otros seres que viven en un ambiente de absoluta libertad.

Con efecto, a medida que entraban nuevos grupos de exhibidores, músicas y gente alegre, el carácter de los güetares suavizaba su temperamento extremista de las grandes alturas.

Cuando llegó el Delfín y los obligó a que se

quedaran con él, comprendieron que el mundo de los afectos era mayor de lo que antes se habían imaginado.

Más tarde llegó el Cacique de Chira, rodeado de toda clase de atenciones: Pipilacha parecía una reina al lado de su padre.

Al día siguiente entró el Cacique de Nicoya, viejo receloso y suspicaz, que a pesar de sus malas voluntades, fué a visitar a los güetares, considerados como huéspedes de honor, por ser los que venían de más lejos.

Cuando entraron los indios de Nozara fué Copey a recibirlos, acompañado de sus conterráneos, y les presentó a Nina, cuyo perfil materno reconocieron: tal vez esperaban que se tirara a abrazarlos, como si fueran conocidos viejos; sin embargo, ella ignoraba hasta su verdadero origen, y a no ser por la compañía de Copey, los habría considerado como animales raros.

Al saber el Delfín que había llegado Nina, fué a verla, llevándole tres güipiles preciosos y dos faldas expresamente bordadas para ella.

—Durante los últimos días, dijo la joven, me puse a jugar con barro, para ofreceros esta pe-

queña embarcación, como un recuerdo de vuestro viaje a Nozara.

Era en efecto una piragua de arcilla cocida, pintada en colores, cuya banca de popa la ocupaba una pareja de amantes estrechamente unidos; dos indios soportaban la barca, en actitud de echarla al agua.

—Ignoro lo que la pareja representa, dijo el Delfín sonriendo; pero Copey y Cangrejo sí están perfectamente retratados en los cargadores de la barca.

El primer día de fiestas estaba dedicado al Cacique de Nicoya: la víspera por la noche, se reunieron en su campamento las personas más importantes de cada delegación para ponerse de acuerdo sobre el orden en que debía celebrarse el desfile de apertura.

—Nosotros seremos los últimos, dijo el mayor de los indios güetares, pues nada tenemos que exhibir y nuestra presencia aquí tiene sólo el carácter de visitantes. Hemos venido con el objeto de llevarnos a Copey, que ha cumplido este año su mayoría y debe entrar al ejercicio del mando en Tarrazú: desde hace quince años estamos bajo la regencia tutelar de su tío, anciano y achacoso. Hay, sin embargo, un de-

talle que nos impide declararlo en posesión, sin un plebiscito que sancione el procedimiento: el collar de mando de su difunto padre fué robado por los piratas desde hace mucho tiempo, en las playas de Tárcoles, y mientras esas joyas no se repongan, su nombramiento tendrá que ser provisional.

Vivamente sorprendido el Cacique de Chira, preguntó:

—¿Cómo era ese collar?

El indio güetar soltó un rollo de pergaminos que llevaba al cinto y mostró el dibujo en colores de siete águilas de oro, con muchos sellos y rúbricas antiguas.

—Mañana lo tendrán ustedes, dijo secamente el viejo Cacique.

XV

PASADA la recepción de la noche, se formaron corrillos comentando los últimos sucesos. Había llegado la hora de revelar a Nina su verdadero origen, antes de que lo supiera por boca de extraños, y con ese fin se encaminaron los güetáres al rancho donde ella se hospedaba. Copey se adelantó y le dijo:

—Mis compañeros desean conocer una conchita de oro que tú conservas parecida en algo a ésta, y le mostró la que él guardaba como recuerdo de su madre.

Pensó la joven que se trataba de una broma y corrió a su petaquilla, en la creencia de que era su concha propia; pero volvió perpleja trayendo el collar en una mano y la conchita de Copey en la otra, sin saber qué decir, sorprendida de que hubiera dos piezas iguales. Con-

chabaron una en otra, formando la bivalva perfecta y para sacar a Nina del asombro, le explicó su padre putativo, con abundancia de detalles, el verdadero origen de ambas joyas y la obligación que tenía ella de asistir a la fiesta de la mañana siguiente, en compañía de su hermano Copey, a fin de que su reconocimiento se hiciera de manera pública y notoria.

—Los designios de la Providencia divina son sagrados para mí, dijo ella, me dolerá dejar los bosques encantadores donde he pasado los mejores años de la vida, pero ellos me acompañarán con su recuerdo si tuviera que alejarme de Nozara.

Copey le dió un abrazo fraternal y los demás, al despedirse, le estrecharon ambas manos con actitud reverente.

Al día siguiente, muy temprano, se formaron grupos en la plaza.

—Habrá grandes sorpresas, decían los heraldos de la fiesta, nuestro simpático amigo Copey será condecorado, y según rumores que andan por ahí, habrá en estos días boda con Pipilacha; de manera que la cosa se compone, bailaremos sin descanso, y quien no se divierta de esta vez merece que lo suban al zopilote.

A medida que corría la noticia se agolpaba gente en la plaza, formando una muchedumbre abigarrada de hombres, mujeres y niños, procedentes del caserío y demás rancherías circunvecinas.

Poco antes de las ocho apareció Copey, seguido de los güetares: llevaba recortado el pelo a la altura de los hombros y sobre la frente espaciosa ostentaba un penacho de plumas de quetzal tendidas con donaire sobre la cabeza. Por toda joya llevaba al cuello su conchita de oro atada con cinta roja, dejando al aire libre el pecho, los brazos y las piernas, cual si fuera una estatua de bronce palpitante. Cubría las espaldas con una capa de color azul, corta, al estilo de los caballeros medioevales, y calzaba botas de piel de nutria, de una sola pieza, bajas, amarradas al frente.

Cangrejo se había tomado algunos tragos de vino añejo de coyol y se balanceaba más que de costumbre: al ver tan guapo al amigo de todas sus simpatías no pudo contenerse y lanzó un «¡Viva Copey, Cacique de Tarrazú!». La multitud contestó con entusiasmo aquel arranque salido del corazón, y los güetares, desatando sus mochilas de cacao, lanzaron puñados de

granos a la gente menuda, produciéndose el natural regocijo por algunos instantes.

El Delfín había salido temprano con su madre en busca de Nina, y para dejar a Copey todos los agasajos de ese día, procuraba mantenerse alejado hasta donde era posible; pero le avisaron que estaba designado padrino en la investidura del nuevo Cacique y tuvo que sacar a relucir las joyas de Corubicí, cuya representación le correspondía en los festejos, pues su padre, anciano y atacado de gota, había tenido que quedarse en el pueblo. Calzó altas polainas y se echó a la espalda una hermosa piel de tigre, insignia de mando y gala de los corubicíes.

Nina estaba encantadora, parecía una torcaz, emblema del amor y la ternura; sus grandes ojos se levantaban apenas para mirar al Delfín; el título que le daban de princesa le parecía ridículo para ella, acostumbrada a la vida libre del campo.

Se formó una fila de cara al sol, frente a los campamentos de Chira; los magnates ocupaban la derecha por jerarquía de edades, quedando la juventud al centro como símbolo de la vida. La izquierda de Copey estaba destinada a Pipilacha, en su carácter de primera madrina; luego se-

guían Nina, las mujeres de los Caciques y damas de honor.

Al terminarse la formación sonaron las trompetas de los campamentos militares, anunciando la salida del Cacique de Chira, que venía con su hija y oficiales superiores. Vestía su traje de gala, con el pelo recogido en alto, al estilo de los famosos guerreros de aquel tiempo; sobre el pecho mostraba valioso collar de jade y figuras de oro, con un lagarto al centro, cuyas protuberancias dorsales soportaban plumas blancas de garza, tendidas a uno y otro lado, significando el dominio del aire y de las aguas.

Pipilacha vestía túnica suelta, con escamas hechas de concha perla: parecía una sirena salida de la boca del Golfo; en la mano derecha llevaba un báculo de granadillo reluciente, vetado de amarillo y rojo, destinado a Copey; con el brazo izquierdo aprisionaba sobre el corazón una petaquilla de palma tejida en colores. Al ocupar su puesto, entregó a Copey el bastón de mando y mostrándole la petaquilla, le dijo:

—El fuego sagrado del amor conserva siempre lo que se le confía; las joyas que traigo aquí guardadas pasaron en otro tiempo por manos criminales y necesitaban purificarse.

Copey se llevó la mano a la frente para convencerse de que no soñaba: él mismo había amarrado aquella petaquilla con nudo que nadie podía falsificar, y la vió consumirse en el crematorio de Chira...

—Suéltala, pues, agregó la joven.

Entre tanto, la mirada del Cacique recorría la fila del centro a los extremos, enviando saludos con los ojos, y cuando se restableció el silencio absoluto, preguntó solemnemente a Copey:

—¿Juráis, por Dios y el sol que nos alumbra, administrar justicia y defender los intereses güetares?

—Sí juro, contestó Copey, tendiendo ambos brazos al frente.

—Si así lo hicieres, que Dios os premie, y si no, él y vuestro pueblo os lo demanden.

Sacando luego el collar de siete águilas de oro que estaba en la petaquilla, lo colocó al cuello del nuevo Cacique, con la mayor reverencia, para que el público se enterara de tal investidura.

—¡Qué audacia de hombre, decía el Cacique de Nicoya a media voz, arrogarse las funciones de sumo sacerdote para hacer esta ceremonia!

—Y la fortuna lo ayuda, agregó un viejo ni-

coyano que estaba a su lado, poniendo en sus manos el famoso collar, sin lo cual nadie otro podría hacerlo.

Pipilacha volvió a presentar la petaquilla a Copey, diciéndole:

—También el otro collar os pertenece.

—No, contestó Copey, esa gargantilla de ámbar, con la mariposa de oro, era de mi madre y le corresponde a Nina. Hazle el honor de consagrarla Princesa con tus manos de hada.

Pipilacha obedeció la orden y, al colocar la gargantilla al cuello de Nina, le dió un beso diciendo:

—Que vuestra madre desde el cielo os bendiga, como lo hago yo.

Terminada la ceremonia, sonaron de nuevo los clarines anunciando el desfile y las bandas tocaron una marcha alegre, bulliciosa, con tambores, trompetas, flautas y ocarinas.

Copey inició el desfile con Pipilacha a su lado; le seguía el Delfín con Nina; los cuatro hechos un nudo, sin darse cuenta de que las miradas de la muchedumbre se dirigían a ellos; después el Cacique de Diriá con la señora del Cacique de Nicoya, haciendo los comentarios de la fiesta y cosechando acatamientos; luego el

Cacique de Chira, acompañado de la dueña de casa, cuarentona quizá, pero cargada de colorete y brazaletes de oro; vanidosos ambos, se elogiaban el uno al otro; detrás iba el Cacique de Nicoya, luciendo grandes patenas de oro, con la madre del Delfín, señora entrada en años, ceremoniosa y discreta siempre.

Los trajes y las joyas lucían a los rayos del sol, cambiando de tonos a medida que daban la vuelta a la plaza, recorriendo los edificios de la feria, cuyas puertas se abrían a su paso en señal de inauguración oficial, para que el público impaciente pudiera entrar después.

Pasado el desfile, se encaminaron los Caciques y grandes señores al palmar contiguo al río, donde los esperaban los nicoyanos con espléndido banquete.

XVI

EL pabellón corubicí estaba hecho con amor: hermosas plantas de algodón decoraban la entrada y los contornos; habían adornado con motas blancas los pilares del centro, semejando columnas de nieve; madejas de hilo teñido en colores diversos adornaban las cuatro grandes puertas; en tendidos hechos de cañuela se exhibían telas y bordados primorosos; media docena de indias simpáticas trabajaban constantemente en los telares, colocados al centro, para que el público viera la limpieza y agilidad con que fabricaban los tejidos. Otras tantas obreras atendían a los visitantes, dando detalles sobre calidad de las fibras, manera de preparar las tintas y precios de venta. A veces se turnaban con las tejedoras, para que unas y otras descansaran, pues todas eran de lo mejor que

había en los talleres de Corubicí. Como los güetares habían regado cacao a manos llenas, muchas transacciones se hacían en esa moneda; pero lo más frecuente era la permuta por tinajas, ollas, comales, remos, hachas de piedra y demás objetos de las otras secciones, que tenían manufacturas diversas.

Ésa concentración de actividades sobre una sola industria la habían llevado hasta su refinamiento; pero carecían de otros productos del mar y de la tierra, haciendo indispensables las transacciones del comercio con los pueblos vecinos, a pesar de tener cacería en abundancia y un suelo feraz, de variados climas desde las llanuras bajas hasta la cima de la cordillera que culmina con el volcán de Miravalles.

En cambio los campamentos de Chira estaban cuajados de objetos de mar, que les permitían hacer toda clase de adornos en carey y concha nácar: bezotes, narigueras, cuentas para los collares, bocinas, choras para uso doméstico; plumeros de garza, remos, canaletes, que trocaban por velas, güípiles y mantas.

La exhibición nicoyana era de mayor variedad, sobresaliendo en joyas de oro y piedra verde, que vendían por moneda de cacao, para

preparar el tiste, pinolillo y chocolate, considerado como bebida de los dioses. Tenían además diversas tintas para el algodón y fibra de henequén, ocres variados para pintar lozas; nísperos, tunas, zapotes, aguacates y muchas otras frutas, que les permitían un comercio lucrativo durante la feria.

Los vecinos del río Diriá, eran como todos los artistas, un tanto indolentes y se cuidaban poco de que sus mejores obras de cerámica las vendieran después los mercaderes como productos de Chira o de Nicoya. Con la vista fija en las claridades del cielo, despreciaban las pequeñeces de la tierra: eran bohemios de nacimiento y vivían como los indios de Chara sin darle mayor importancia a lo que puede ocurrir al día siguiente. En las pirámides de su instalación se bailaba a todas horas, había música constante y bebidas fermentadas al gusto de los aficionados. Las mujeres disponían de mayor libertad y semejaban imanes para atraer a los hombres que iban a la feria con el único fin de divertirse. Tenían loras parlanchinas, pájaros cantores, monos y pizotes educados, enanos convertidos en arlequines, todo tendía al entretenimiento para gozar el mayor tiempo posible.

—Somos una nube, que se forma y sube, de-
cían; la que se entristece, llorando perece.

Mientras la gente entraba y salía de las ven-
tas, los Caciques comían y bebían, llegando a
ese límite en que los pensamientos ocultos se
manifiestan sin ambajes ni rodeos.

El Cacique de Nicoya no pudo ocultar el es-
cozor producido por la investidura de Copey
hecha por el Cacique de Chira, sin tener el ca-
rácter sacerdotal, en un día que estaba dedicado
a los nicoyanos, y así lo manifestó amigable-
mente a los compañeros de mesa.

—Esos escrúpulos, dijo el Cacique de Chira,
son reminiscencias de los tiempos pasados; lo
que nos importa es la unión de estos pueblos
con los del interior y ninguna oportunidad se
presentará mejor que ésta para mostrarles a los
güetares nuestro afecto y la necesidad que te-
nemos de celebrar alianzas de manera efectiva,
ya que por tantos años hemos estado alejados
unos de otros; por otra parte, el día en que Co-
pey se case vestirá su traje de gala y el sumo
sacerdote bendecirá al nuevo Cacique, confir-
mando así la investidura que de manera so-
lemne, poniendo al sol por testigo, hemos hecho
esta mañaua.

—Si el Cacique de Chira lo quisiera, agregó el Delfín con marcada intención, mañana mismo podría celebrarse esa ceremonia.

A Copey le brillaban los ojos de contento; Pipilacha, que estaba en el grupo de las mujeres, se quedó extática. El Delfín había encendido la mecha de una explosión antes de tiempo; pero el Cacique de Chira estaba picado en su orgullo personal y devolvió la galantería con otra mayor, diciendo:—En eso yo delego todo mi poder en el Delfín de Corubicí.

Copey y Pipilacha no volvieron a pasar bocado.

Cuando se terminó el banquete salieron todos pensativos. El Delfín se acercó a Copey y le dijo:

—No debes alegrarte de antemano, porque yo acepto esa delegación de manera condicional: si el Cacique de Tarrazú se opone a que también yo me case mañana con Nina, todo lo ocurrido durante el almuerzo se deshace como la espuma de chocolate.

—Si en eso solamente puede haber tropiezo, contestó Copey, desde que estuvimos en Nozara sería Nina tu mujer.

Con esa telepatía del amor, que hace circu-

lar el pensamiento, se fueron Nina y Pipilacha juntas a los campamentos de Chira para tratar de los preparativos de la doble boda.

— Ese hombre, decían los nicoyanos, es capaz de sacrificar a su propia hija con tal de salirse con las suyas.

— La verdad es, agregaba otro, que los muchachos se quieren y que un partido más ventajoso no lo consigue en estos contornos; el mismo Delfín, con todo y ser tan guapo, resulta demasiado formal y trabajador para que satisfaga la vanidad de la gente de Chira; además, le conviene al Cacique estar bien con los pueblos del interior, porque así conservará mejor el dominio del Golfo, reservándose las altas funciones de intermediario entre aquellas y estas tribus.

— Lo más curioso, replicaba un tercero, es que nuestro Jefe, contra su voluntad, ha precipitado los acontecimientos: si el Delfín se casa con Nina quedamos atados a los güetares con dos cuerdas potentes, desde Nozara hasta Corubicí y desde Tarrazú hasta Chira.

Acostumbrados como estaban los nicoyanos al aislamiento absoluto, no podían apreciar los beneficios de un pacto fraternal como lo

soñaba el Delfín, sellado con lazos de amor.

En cambio, los campamentos de Chira y Corubicí estaban radiantes de alegría: se hablaba con entusiasmo de las bodas próximas, obsequios en abundancia pasaban de una parte a otra, joyas de oro, telas escogidas, las mejores vasijas, collares de concha perla, todo era para Nina y Pipilacha; hasta los Caciques de Nicoya y Diríá se vieron más tarde arrastrados por aquella ola de simpatías y no pudieron excusarse de enviar regalos valiosos.

Las fiestas del día siguiente estaban dedicadas al Delfín y debían celebrarse con toda pompa desde la víspera. Los güetares desataron sus petacas restantes de cacao y compraron lo mejor que había en las ventas: estaban contaminados del ambiente y pensaban en esos momentos que las riquezas tienen su aplicación oportuna; tres días después regresarían a su pueblo, llevándose al Cacique deseado por tantos años y la Princesa más hermosa del Golfo, y dejarían a Nina como dueña y señora del laborioso pueblo de Corubicí.

Los de Chira, por su lado, contaban ya con la alianza permanente de las tribus del interior, cuyas riquezas y poderío crecían a medida que

EL DELFÍN DE CORUBICÍ

el cacao se regaba como lluvia de oro en todos los campamentos.

Esa noche nadie debía dormir, porque había que acortar las horas: las bandas comenzaron a tocar por la tarde y siguieron toda la noche, relevándose por turnos, para que el baile durara animado hasta el amanecer. Guardias combinadas cuidaban del orden, y cuando alguno tomaba más de lo necesario para estar alegre, lo mandaban a acostarse, imponiéndole a todos la cordura morigerada de los corubicies.

La nota saliente de esa noche fué la presencia de centenares de cocuyos, que los danzantes exhibieron atados a las piernas, para que el baile semeajara culebrinas de fuego.

XVII

ANTES de rayar el sol, al día siguiente, las pozas del río Dirιά se vieron llenas de indios que tomaban su baño matinal: a las orillas había barberías provisionales donde cortaban los cabellos al gusto de los parroquianos, rapaban con navajas de obsidiana y pintaban los cuerpos con sellos de arcilla cocida, a manera de rodillos, dejando franjas uniformes, según la tribu a que cada indio pertenecía.

Había mujeres peinadoras que sabían trenzar el pelo, poner color a las mejillas, arreglar las orejeras con plumas vistosas y prensar las faldas con gracia especial, dejando el pecho y los brazos al descubierto en aquellas jóvenes que la naturaleza había dotado de encantos corporales; muchas calzaban gutaras nuevas, especie de zapatillas hechas de piel o género de algodón bordado en colores.

Los guerreros de Chira se rapaban la cabeza, dejando en la coronilla una borla de cabellos recogidos en alto; el labio inferior lo tenían agujereado al centro, donde ponían un botón de oro o de hueso, que sólo se quitaban para comer.

Los güetares usaban trenzados los cabellos; al estilo de la nobleza en la edad media, vestían jaquetas sin mangas y llevaban al cuello águilas de oro bajo, que antes no habían echado a relucir por no aparecer de categoría superior a Copey. Nina había dejado el peinado a dos trenzas de las nicoyanas, para cortar su hermosa cabellera a la altura de los hombros, como la usaba Pipilacha y era la costumbre de las mujeres de la sierra.

Los indios de Corubicí llevaban sueltos los cabellos, tendidos por la espalda y atados en la frente con un cintillo rojo; usaban además collares de dientes de tigre, los que tenían fama de buenos cazadores; sus mujeres usaban dos trenzas, que les llegaban por la espalda hasta las caderas, al estilo de las nicoyanas.

A medida que terminaban su tocado iban saliendo a la plaza de la feria los bañistas y los que en sus propias habitaciones se pintaban y vestían.

Los heraldos pregonaron desde temprano la celebración de ambas bodas, en tanto que otros servidores arreglaban el templo, el campamento de Pipilacha y la residencia provisional de los corubicíes.

Alrededor de Copey se había formado una atmósfera de adulación: algunos decían que su hermana era una ninfa salida del fondo del mar en una enorme madreperla; otros aseguraban que los piratas eran monstruos marinos castigados por los dioses y que Copey había encarnado para destruir el espíritu del mal. Al Cacique de Chira lo dejaban las malas lenguas en la condición de un logrero, que se aprovechaba de las situaciones creadas por el Delfín; en todo lo cual había algo de cierto y mucho de fantasía popular, inclinada siempre a dejarse llevar por la gente ladina, como una orquesta obedece a la batuta de su director.

A medida que aumentaban los preparativos el gentío se hacía cada vez mayor y la curiosidad asomaba en todos los semblantes.

Los jefes celebraron en la mañana un pacto de alianza, que pasaba de uno a otro campamento para recoger sellos y contramarcas, en cinco tantos escritos a tinta roja y negra, sobre

tiras de piel de venado, semejantes a pergaminos, de la anchura de un palmo, las cuales se plegaban, facilitando así por ambos lados la lectura y su conservación. De esa manera conciliaban todos los intereses y los enlaces matrimoniales prescintaban con lazos de amor aquel oportunismo político.

El sumo sacerdote se ocupaba con varios ayudantes en preparar los oficios religiosos: había sacado un vaso que representaba al hijo de Dios en figura humana, con cabeza de águila, empuñando una hacha de piedra para matar el espíritu maligno, en forma de dragón; en el mismo dibujo aparecían el sol, la luna, la tierra y el arco iris de paz, completando el cuadro de esa cosmogonía religiosa tan frecuente en los pueblos antiguos. Ese vaso sagrado contenía sustancias aromáticas como chirraca, cáscaras de bálsamo y copal, que al quemarse en incensarios de barro cocido, ahuyentaban los genios infernales y purificaban el aire para que las bodas se verificaran en atmósfera de santidad.

El templo tenía ídolos de piedra, de oro, de arcilla cocida y de madera, tablas de caoba talladas, cuya interpretación se adaptaba a través de los tiempos al grado de cultura alcan-

zado por los sacerdotes encargados de propagar su religión. Después del medio día comenzaron a llegar bandas y guardias, que formaron un callejón desde la plaza de la feria hasta las puertas del templo, cuyo tamaño reducido sólo permitía la entrada a la gente de mayor representación oficial. *oficial*

Al toque de cornetas se presentaron en la plaza el Cacique de Chira, llevando de la mano a Pipilacha, ambos ataviados con los mejores trajes que tenían y con valiosas joyas, procedentes muchas de ellas del tesoro de los piratas, cuyo estilo era una novedad en los pueblos peninsulares. Copey se presentó con Nina: eran los más jóvenes, de formas y redondeces esculturales, llenos ambos de vida, sencillez e ingenuidad, vestidos sin ostentación, con ese encanto de la pubertad hermosa, que se ha mantenido alejada de vicios prematuros y que no necesita de polvos ni coloretos para ocultar los años. El Delfín traía a su madre del brazo, para que llevase al pueblo de Corubicí la constancia de que su hijo era el alma de aquella unión de muchas tribus, aunque tal vez él mismo no se daba cuenta de ello, o lo atribuía al determinismo absoluto, que por encima de los charcos

y pautanos pasionales camina siempre hacia la mayor perfección de las formas y sentimientos humanos.

Hasta los primeros adversarios estaban a esas horas de acuerdo en que ambas bodas eran benéficas para todos los pueblos allí reunidos y en que el pacto celebrado era una medida providencial indicada por los dioses. Las figuras de Copey y el Delfín crecían paulatinamente en la fantasía popular, y cuando entraron al templo, todos estaban convencidos de que eran un símbolo de unión levantado por el amor para contrarrestar las rencillas lugareñas y erigir un pueblo laborioso en esta garganta del continente americano.

—Llegará un día en que nuestro territorio se convierta en el corazón del mundo, decía el sumo sacerdote, mezclando la cultura de los cuatro puntos cardinales, sin derramamientos inútiles de sangre, ni odios mortificantes entre amos y siervos.

Durante la ceremonia matrimonial, se recomendó a los contrayentes el mutuo afecto y consideraciones debidas al hogar, como centro de la familia y base de todo pueblo.

—El hogar, decía el sumo sacerdote, es el

santuario de la sociedad: la tribu que descuide esta sagrada institución perderá el mejor atractivo de la vida; de nada sirve acumular riqueza y poderío si no puede gozarse de los atractivos de un niño, que encarna nuestra propia vida, en cuyos ojos vemos reflejarse los destellos divinos de nuestra alma y por el cual sacrificamos hasta la propia existencia. ¡Pensad por un instante en el tesoro de amor concentrado en el nido de las aves y comprenderéis el valor de la familia! En nombre de ese amor sublime bendigo vuestros hogares, para que la felicidad os proteja con sus alas y vele por el ensanche y porvenir de estos pueblos, desde la cumbre de nuestros volcanes hasta las costas de ambos mares.

Celebradas las bodas, volvieron los jefes a sus campamentos, donde había manjares escogidos, para comer y beber con toda la abundancia de festejos reales.

Por la tarde se encaminaron a la plaza de deportes, donde organizaron dos partidos, de doce jugadores en cada bando. Depositaron apuestas de cacao entre ambos partidos y se dió comienzo al juego de pelota, después del nombramiento de un tribunal que debía decidir del

triunfo, según los puntos ganados o perdidos por unos y otros. A falta de cacao, apostaban privadamente objetos de valor semejante, con tal entusiasmo que hasta las mujeres y gente menuda cruzaban sus apuestas.

El saque y rechace de pelota lo hacían con una bola de hule macizo, algo pesada, pero tan elástica, que se levantaba a gran altura y la recibían siempre con el hombro derecho, perdiendo un punto si tocaba otra parte del cuerpo. Cuando caía al suelo, los mejores jugadores se tiraban diestramente de plan, con tal impulso y agilidad que lograban levantarla en alto con el hombro, mereciendo el aplauso general y el reconocimiento de algunos puntos en favor de su partido.

Durante el juego se repartían bebidas entre los espectadores familiares, y las ventas para los extraños obtenían buena realización. Las bandas de músicos se turnaban, de manera que la fiesta tenía un carácter de regocijo general.

Después del primer tiempo, cruzaron nuevas apuestas y el juego se repitió varias veces, relevando en caso necesario algunos de los jugadores cansados. Más tarde entraban también las mujeres, pero valiéndose de una paleta de

madera para rebotar la bola, en cuyo caso los hombres recibían la pelota con la espalda, y no pocos resultaban seriamente golpeados, pues las mujeres usaban ambas manos para dar mayor impulso a la pelota y golpear con fuerza a aquellos varones con quienes tenían viejas cuentas que saldar. En este último tiempo cada partido se aumentó a veinte y cuatro, doce hombres y doce mujeres en uno y otro lado, de manera que los hombres rebotaban la pelota a sus compañeras para que éstas la lanzaran con fuerza a sus contrarios, resultando un verdadero combate, sin los atractivos del juego en su comienzo, pero más divertido para la muchedumbre.

Terminado el ejercicio se tiraban los jugadores al río, sudorosos y agitados, y algunos se practicaban sangrías para librarse de un tabardillo, según ellos decían.

Por la noche se organizó un lujoso baile en la plaza: las mujeres cogidas de las manos formaron un círculo al centro, cantando todas al compás de tambores, pitos y ocarinas. Los hombres formaban otra rueda mayor, concéntrica con la de las mujeres, y entre ambos círculos se repartían bebidas fermentadas en abundancia a unos y otras para que no decayera el entusias-

mo. Luego se aumentaron las canchas de baile, menos ceremoniosas que la primera, pero mucho más animadas. Así, comiendo, bebiendo y bailando pasaron la noche hasta el amanecer en que los novios debían tomar el camino de Bolsón, donde los esperaban algunas barcas, previamente aderezadas para conducir unos a Corubicí y los otros hasta la isla de Chira.

La feria quedaría abierta por dos días más, para terminar la realización y el empaque de objetos comprados y regalos hechos a los desposados. Copey pasaría su luna de miel en Chira, esperando el regreso del Cacique y demás compañeros, especialmente los guarda-costas que debían conducirlo a las playas de Tárcoles, para seguir de ahí por el camino de tierra hasta el pueblo de Tarrazú, convertido ya en Cacique titular y casado con la Princesa más guapa del Golfo.

Sin embargo, al despedirse de Nina en la confluencia de los ríos Corubicí y Zapandí se le humedecieron los ojos: abrazó primero al Delfín y después a su hermana; todo lo pasado le parecía un sueño. Le debía al Delfín la vida, la libertad, su título y matrimonio, todo lo que valía, y aquel hombre de mirada penetrante y

fija, nada le recomendaba; quizá no volverían a verse...

Por su parte, el Delfín se sentía satisfecho con el deber cumplido: había vencido a los piratas sin perseguirlos, dejaba contento al Cacique de Chira con la posesión del tesoro; los pueblos de Nicoya y Diría tendrían que agradecerle siempre el pacto de alianza y el éxito de la feria, todo llevado a la práctica con fuerza de voluntad, sin que su persona apareciera jamás en primera línea. Así va el ojo de la Providencia encadenando los hechos, salvando las dificultades y dejando a los mediocres atribuirse el papel de protagonistas, cuando apenas son actores pretensiosos de segundo o tercer orden.

—Tengo en mis brazos, decía, el amor de Nina y conservo el de mi madre; lo demás son hojas que se las lleva el viento.

Terminada la feria, todos volvieron a sus casas, y Copey se fué con los suyos, dos semanas después, para Tarrazú, cada vez más satisfecho de tener a su lado a la encantadora Pipilacha, orgullo del Golfo y de la sierra.

Al llegar Copey a la boca del río Grande de Tárcoles encontró más de cien indios proceden-

tes de la altiplanicie, que lo esperaban para atenderlo como jefe.

En su comitiva llevaba los doce güetares que regresaban de la feria y diez indias de Chira al servicio de Pipilacha.

Había solamente seis botes disponibles y en ellos se embarcaron las provisiones, equipajes y algunos de los indios de mayor respeto; los restantes tomaron la vereda de la montaña hasta Carara, donde todos pasarían a la otra banda del río.

En medio de alegres cantos emprendieron la marcha, aprovechando la temperatura agradable de la mañana y la marea creciente: los que iban embarcados se entretenían en cazar patos para el desayuno, y los que tomaron el camino de tierra, recogían frutas de wiscoyol, palma costeña semejante a la pacaya, en su tamaño y forma, pero sumamente espínosa, y que produce racimos como uvas, de color aceitunado y sabor ácido agradable. Hicieron cacería de pizotes e iguanas, que tanto abundan en aquellas bajuras, en lo cual perdieron mucho tiempo, pero la jornada resultó agradable y provechosa para todos.

La parte navegable del río es verdadera-

mente encantadora: altos bosques a uno y otro lado, orquídeas y enredaderas, bandadas de loras y de monos animan el bosque, pájaros de canto variado, todo un cuadro de fauna y flora tropicales, exuberante y bello.

Sin embargo, aquellos bancos del río, cuajados de garzas blancas, sólo despertaban en las indias de Chira el recuerdo del caudaloso Zapandi y los preciosos manglares del Golfo.

En Carara supieron que un cocodrilo había cogido en la orilla del río, tres días antes, a una niña que tenía la costumbre de bañarse sentada en el agua, sin que sus parientes pudieran salvarla, ni siquiera recoger el cadáver. Para cazar el reptil tenían echado un anzuelo, consistente en una estaca de madera dura, terminada en dos puntas y sujeta por el centro a una cuerda resistente: esa mañana le habían puesto de cebo las entrañas de un venado recién muerto y hacía un instante que el monstruo estaba cogido; pero era tan grande, que los pocos indios del rancho no podían sacarlo afuera del río.

Mientras se preparaba el desayuno y pasaba la gente de a pie a la otra margen del río, muchos de los indios tiraron de la cuerda y lograron sacar a tierra, con dificultad, medio cuerpo

del cocodrilo para matarlo con mazas de piedra, en tanto que el bruto daba coletazos en el agua y con las patas hacía obstinada resistencia contra el paredón del río. Con golpes repetidos sobre el cráneo, lograron quitarle la vida y arrastrarlo a un playón para abrirle el vientre y conven-erse, por algunos huesos de la víctima, de que efectivamente era la presa que deseaban coger. Medía más de doce pies de largo y la captura se celebró con libaciones de chicha, vino de co-yol y gran comilona. Se dispuso quemar el cadáver del cocodrilo para que el alma de la víctima no siguiese penando en esta vida, como sus parientes creían

Así, entretenidos a veces en el camino y ha-ciendo jornadas durante las horas frescas de la mañana y de la tarde, dejaron las llanuras ba-jas del Pacífico, para llegar a los pueblos de la meseta central, donde fueron recibidos con fes-tejos y cordial regocijo.

Aquí concluye la historia del Delfín de Co-rubicí, que en otro tiempo hilvané para desper-tar el cariño por nuestros antiguos indios, ante un auditorio numeroso de cabecitas infantiles.